

En cuanto al profesor Cottard, volveremos a verlo, largo y tendido, mucho más adelante, en casa de la Patrona, en el castillo de la Raspelière⁴. Sobre él, baste por ahora hacer observar ante todo lo siguiente: en el caso de Swann, en rigor, el cambio puede sorprender porque ya se había cumplido sin que yo lo sospechase cuando veía al padre de Gilberte en los Campos Elíseos, donde por lo demás al no dirigirme la palabra no podía exhibir ante mí sus relaciones políticas (cierto que, de haberlo hecho, tal vez yo no me hubiera dado cuenta enseguida de su vanidad, porque la idea que nos hemos hecho hace tiempo de una persona tapa los ojos y los oídos; durante tres años mi madre no se fijó en la pintura que una de sus sobrinas se ponía en los labios como si hubiera estado invisiblemente disuelta por completo en un líquido; hasta el día en que una parte suplementaria, o alguna otra causa provocó el fenómeno llamado sobresaturación; toda la pintura no vista cristalizó y ante aquella repentina orgía de colores mi madre declaró como se hubiera hecho en Combray que era una vergüenza y puso fin casi por completo a toda relación con su sobrina). Pero en el caso de Cottard, por el contrario, ya estaba bastante lejos la época en que se le vio asistir a los comienzos de Swann en casa de los Verdurin; y los honores, los títulos oficiales vienen con los años. En segundo lugar, se puede ser inculto, hacer retruécanos estúpidos, y poseer un talento particular que ninguna cultura general suple, como el talento del gran estratega o del gran clínico. En efecto no era solo como a un médico oscuro, convertido, a la larga, en celebridad europea, como sus colegas consideraban a Cottard. Entre los jóvenes médicos, los más inteligentes declararon –al menos durante algunos años, pues las modas cambian por haber nacido ellas mismas de la necesidad de cambio– que, de caer alguna vez enfermos, Cottard era el único maestro a quien confiarían su pellejo. Preferían sin duda el trato de ciertos jefes más cultos, más artístas, con los que podían hablar de Nietzsche, de Wagner.

⁴ Son los asientos del salón de Mme. Verdurin los que dan a esta el apelativo de «la Patrona». En *Sodoma y Gomorra* (II parte, capítulo II) los Cottard asisten a una velada en el castillo de la Raspelière, situado en la costa normanda y alquilado por los Verdurin al señor de Cambremer.